

## Suicidio y status social

MARÍA LUISA RODRÍGUEZ SALA DE GOMEZGIL

El estudio del suicidio se ha abordado desde diferentes puntos de vista; interesados en el tema, hemos llevado a cabo un análisis estadístico descriptivo de este fenómeno en ocasión anterior. Con base en ese trabajo, enfocado exclusivamente al Distrito Federal, tenemos la intención de plantear un acercamiento más sociológico al tema, tratando de precisar los requerimientos necesarios para una reinterpretación del concepto de “anomia” a la luz de la sociología y la psicología actuales. La fundamentación teórica no es tan sencilla como parece, ya que debemos entrelazar la sociología con la psicología y obtener de ambas disciplinas, las nociones teóricas necesarias a la investigación empírica.

En la actual presentación del tema, nos concretaremos a mencionar los diferentes enunciados que se estudiarán, tan sólo como vía de información, de la labor que posteriormente desarrollaremos desde nuestro interés particular como miembro de un instituto dedicado a la investigación social. Sin lugar a duda que el actual planteamiento podrá quedar sujeto a modificaciones ya que con frecuencia los postulados teóricos se tienen que descartar o reformular de acuerdo a las posibilidades de la investigación misma.

Como paso previo es necesario revisar las tendencias, suicidógenas en el Distrito Federal y en el país. En nuestro trabajo anterior sobre el tema, hemos dejado establecida la tendencia que sigue el suicidio en relación a la población misma, o sea la tasa de suicidio; y los resultados, interesantes en sí, nos hablan de ciclos con duración de 18 años para el país y de 20 años para el Distrito Federal sobre una línea de crecimiento general del fenómeno; es decir, sobre la evolución rectilínea creciente de las tasas de suicidio, se presentan

ciclos cuya duración es de 18 años en el país y 20 en el Distrito Federal.

El crecimiento de las tasas de suicidio es más intenso en el Distrito Federal que en el país, lo cual concuerda con el hecho ya establecido de que son las grandes urbes en las cuales la tasa de suicidio alcanza proporciones más elevadas. Considerando este resultado, preferiremos, en algunos aspectos del presente trabajo, los datos estadísticos del Distrito Federal a los de la totalidad del país.

Una vez analizado dinámicamente el fenómeno, procedemos a la formulación de hipótesis con base en la teoría socio-psicológica, buscando los indicadores que nos permitan estudiar cada uno de los aspectos conducentes a probar nuestros puntos de partida.

La tesis central sustentada por el acercamiento sociológico es la que establece que la naturaleza e incidencia del suicidio varía con el *status* social de los suicidas. Ya nosotros establecimos las diferencias fundamentales, por lo que se refiere a las características de sexo, edad y estado civil relacionadas con variables tales como la causa del suicidio, la forma de realizarlo, el lugar en el cual se llevó a cabo, la hora, el día de la semana, el mes o estación así como la frustración o consumación del acto. Sin embargo, quedó superficialmente tratado lo referente al aspecto ocupacional que en muchos aspectos puede considerarse como uno de los indicadores, posiblemente el más importante, que nos llevan a la determinación del *status* social. Ya se ha considerado como clásico el que a través del desempeño de una ocupación que proporciona el rol o papel al individuo es como éste se relaciona con el mundo que lo rodea. La ocupación, aunada a otros elementos determinantes del *status* social, va a constituir uno de los datos principales en este nuevo enfoque.

Tendremos la necesidad de precisar otros factores intervinientes en el *status* y para ello revisaremos lo relacionado con el concepto hasta lograr reunir los caracteres que nos permitan establecer el *status* en nuestra estructura social.

El *status* puede, provisionalmente, considerarse como la integración y la concretización de todo un sistema conceptual que, a su vez, no es otra cosa que el equivalente a un sistema de valores. El sistema conceptual está constituido por una serie de caracteres a través de los cuales la cultura define la realidad social. El individuo conoce y comprende su ambiente mediante este sistema conceptual y es a través de él que puede responder a este ambiente. En este sistema el individuo fija sus metas, aspiraciones y acciones. Pero cuando las

metas, los ideales, las acciones se vuelven contradictorias, inaccesibles o insignificantes, se produce una situación de “anomia”

Surge así el enlace entre el *status* social y el suicidio en la “anomia” que se traduce tanto en un concepto sociológico como en un estado psíquico. Con frecuencia se le designa como una nominación social y emocional o una “separación-ansiedad” según De Grazia. Merton, desde su punto de vista, se refiere a la “anomia” como una idea de “falta de normalidad”, de cualquier forma que se la analice, la “anomia” viene a concretarse en una carencia de sentido de significación, siguiendo la idea de que al volverse los fines de una acción, contradictorios, inaccesibles o insignificantes, se produce una pérdida de la orientación acompañada de sentimiento de “vacío” y de apatía que lleva a la “anomia”, concebida así, como una carencia de significado “meaningless”. Lo significativo está relacionado con la idea de acción. El propio yo crea significación por su encuentro activo con el mundo y cuando se le disocia de su mundo de referencia, de su *status*, la comunicación se rompe y el propio yo no pueda ya significar su existencia como objeto operante en un rol social o un conjunto de roles sociales. Por otro lado, si el propio yo se encuentra totalmente envuelto por las normas de su cultura no puede actuar como un sujeto y, entonces, reacciona mecánicamente hacia aquel aspecto del “yo” que queda rígidamente estructurado. En ambos casos el propio yo queda impotente para actuar y va directamente a la carencia total de significación, o sea la “anomia”

En esta forma el *status* social, como un sistema conceptual, que permite al individuo comprender su ambiente, se entrelaza con la “anomia”, en el momento que el individuo no puede ya más identificarse y actuar en su ambiente; y surge la “anomia” como un factor crucial en la etiología del suicidio o de otros fenómenos psicopatológicos. No se puede, sin embargo, afirmar que vaya a ser la “anomia” la explicación a todo caso de suicidio, pero sí podemos intentar establecer como una base sociológica general a todo acto de autodestrucción, la presencia de un estado anómico. Tomando esta hipótesis como punto de partida, trataremos, con los datos estadísticos de nuestro medio, establecer los indicadores necesarios que nos puedan llevar a una correcta valoración del *status* social del grupo aquí por estudiar. Indudablemente que es la ocupación la que provee una determinación del *status* social del individuo que es uno de los indicadores del sistema conceptual; ya dijimos que este sistema es la fuente de la “anomia” y así el suicidio queda estrechamente relacionado con la ocupación. Pero no exclusivamente se puede considerar la ocupación, sino que, aunada a ésta deben analizarse

otros indicadores, tales como la edad, el sexo, el estado civil y la causa aparente del hecho. Todos ellos juntos, posibilitan una tipología que puede quedar representada por "x" número de categorías con una menor o mayor relación con la "anomia"

Basándonos en el postulado de que la autodestrucción tiene sus raíces en las condiciones sociales, este trabajo procurará, estadísticamente, un acercamiento al problema.

Desafortunadamente los materiales estadísticos que poseemos no nos permiten un análisis muy detallado; sin embargo y tomando los datos más recientes que corresponden a los periodos de 1955 a 1959 y de 1960 a 1965, procederemos a presentar los resultados para pasar, después, a la interpretación de los mismos.

Durante el periodo comprendido de 1955 a 1959 estudiado por la autora en su obra *El suicidio en México, D. F.*, la edad de los suicidas, tanto para los hombres como para las mujeres, indica que se da un crecimiento en las primeras edades de la vida que llega a un máximo entre los 20 y 25 años para decrecer lentamente hasta casi nulificarse en las edades cercanas a la madurez. En el grupo de las personas del sexo femenino la edad promedio se localiza entre los 24 y los 25 años. Los hombres representan dos grupos homogéneos en los cuales se marcan 2 etapas, la primera que va de los 8 a los 42 años con una edad promedio de 26 años y la segunda con edades de los 43 a los 77 años y con una edad promedio de 57 años, lo que está indicando un ascenso en la edad adulta.

En el segundo periodo estudiado, 1960-1965, las edades promedio han resultado superiores, de 38 años para los hombres y de 29 para las mujeres, pero se da el mismo fenómeno que en el periodo anterior. Analizando la relación entre la edad y la población total en ese mismo grupo de edad encontramos las siguientes tasas por 10,000 habitantes:

<i>Edad</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
Menos de 15 años	0.09	0.09
15 — 19 años	1.52	1.57
20 — 24 años	2.49	1.83
25 — 29 años	2.82	1.30
30 — 34 años	2.96	1.34
35 — 39 años	2.75	1.11
40 — 49 años	2.98	0.77
50 — 59 años	5.29	0.47
60 y más años	4.74	0.73

La tasa de suicidios adquiere su máximo en el grupo de edad de 20-24 años en las mujeres, y entre los hombres va en ascenso continuo

para alcanzar su mayor relación en el grupo de edad que comprende de 50 a 59 años para sufrir después un descenso muy ligero, o sea que podemos inclinarnos a pensar que son las edades más altas en las cuales se produce mayor número de suicidios, pudiendo corresponder a la etapa en la cual el hombre ha llegado al término de su vida ocupacional y ha iniciado la etapa de desocupación, bien por invalidez física, bien por jubilación.

Al efectuar la asociación de caracteres entre las etapas evolutivas y el suicidio encontramos las mismas relaciones mencionadas, o sea una asociación entre encontrarse en la edad madura y anciana y cometer suicidio, para el caso de los hombres; y una asociación entre tener edades pertenecientes a la adolescencia y la juventud y buscar la autodestrucción en lo que se refiere a las personas del sexo femenino. Lo anterior concuerda con las edades promedio y las tasas de suicidio y en resumen, indica una inclinación por parte de los hombres a cometer el suicidio en las edades avanzadas, en tanto que las mujeres presentan este síntoma en la adolescencia y juventud.

El siguiente indicador analizado es el que corresponde al estado civil de los suicidas. En este aspecto, las cifras hablan de tasas de suicidio ordenadas de la siguiente manera:

<i>Estado civil</i>	<i>Tasa × 10,000 habitantes</i>
Divorciados	3.95
Solteros	1.95
Casados	1.89
Viudos	1.47

Se advierte la alta tasa correspondiente a quienes han pasado por una separación legal, si bien el número absoluto para el periodo aquí considerado (1960-65) es reducido —12 casos en total— la población divorciada también es poca en relación a la casada y la soltera, de aquí la fuerte tasa de suicidios. Resultan las personas viudas quienes se ven menos afectadas por su estado civil. Los solteros y casados tienen tasas semejantes.

No podemos encontrar aquí una clara relación con la ocupación ya que los datos en que aparece indicada la ocupación no hacen mención al estado civil, y no parece existir realmente ninguna relación entre ejercer tal o cual ocupación y ser preferentemente soltero, casado, viudo o divorciado; exceptuando, claro está, las actividades religiosas. Sin embargo, nos parece necesario hacer mención a la velada oposición que se puede observar en ciertos medios de trabajo,

hacia la aceptación de empleados que se encuentren separados de su familia, sobre todo si se trata de personas del sexo femenino. En esta forma puede convertirse el estado civil en una característica más que influya en la determinación del *status* social y que nos quiera decir que al divorciado se le rechaza mayormente que al viudo, casado o soltero, juzgándosele un trabajador menos estable y seguro que quienes han formado ya su hogar; quienes pertenecen a una familia integrada y fungen aún como parte de ella o bien quienes, por causas ajenas, han quedado sin cónyuge.

Los datos de la ocupación, que viene a constituir la parte medular del trabajo, los hemos tomado de nuestro estudio previo ya mencionado, *El suicidio en el D. F.*, ya que por haberse tratado de una investigación directa en la cual tuvimos a la mano los datos particulares de cada caso, la determinación de la ocupación del suicida fue mucho más precisa que la que se pueda obtener a través de los datos estadísticos que han ya agrupado precisamente y en categorías cerradas a cada uno de los casos, haciendo difícil una interpretación correcta.

Nuestros resultados nos indican los siguientes hechos:

<i>Ocupación</i>	<i>Hombres</i>	<i>Ocupación</i>	<i>Mujeres</i>
Empleados	68	Hogar	153
Obreros y artesanos	41	Empleada	24
Profesionistas y estudiantes	36	Profesionistas y estudiantes	23
Comerciantes	32	Artista	17
Servidumbre	10	Servidumbre y obrera	12
Artistas	6	Comerciante	3
TOTAL	193	TOTAL	232

Nos hallamos frente a un grupo que por su ocupación puede quedar dividido en 2 sectores: clase media y clase proletaria, considerando en la primera los empleos de: profesionistas, comerciantes y empleados —para los hombres; y, hogar, profesionista y empleada para las mujeres. La clase proletaria, en el presente análisis se integraría por: obreros, artistas, artesanos y servidumbre entre los suicidas hombres; y, artista, servidumbre, obrera y comerciante para las mujeres. Hemos efectuado esta clasificación considerando las características propias en cada caso, y así hemos considerado a las mujeres artistas entre las personas de clase media en atención al hecho de que se trató de artistas de muy poca categoría dentro del medio, frecuentemente que actúan en centros nocturnos de mala muerte.

El número de suicidas en cada estrato ha sido:

	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
Estrato medio:	136	200
Estrato bajo:	57	32
TOTAL	193	232

Las tasas que corresponden a cada uno indican que, los suicidas hombres cuyas ocupaciones se localizan en un estrato medio dan una tasa de 2.86 por 10,000 habitantes con esas mismas ocupaciones; los de estrato medio presentan una tasa de 0.84; las mujeres suicidas pertenecientes al estrato medio alcanzan una tasa = 1.65; y las del estrato bajo, 0.84 por 10,000 habitantes.

La pertenencia a un estrato social la estamos determinando a partir del indicador de ocupación, al que le podemos agregar el dato acerca de la zona de la ciudad en que habitan, otro de los datos considerados en nuestro estudio previo e imposible de obtener en el registro estadístico. Al respecto encontramos que la zona de residencia se refiere al domicilio que ocupaba el suicida al momento de llevar a cabo el acto. Los domicilios se clasificaron por zonas representativas de los estratos sociales que las habitan preponderantemente y se obtuvieron así: la zona proletaria; la de transición entre colonias proletarias y de clase media; la zona de clase media y la zona de clase alta. Se observó que el mayor por ciento correspondió a personas que habitaban en la zona de transición con cerca de la mitad de toda la población suicidógena; poco menos de una quinta parte la abarcaron las colonias proletarias; más de la cuarta parte, las de la clase media, y el por ciento más bajo es el de personas que habitan en zona alta. Al sumar las cifras relativas correspondientes a las zonas de transición y las de clase media, encontramos localizadas las tres cuartas partes del total de suicidas, por lo cual podemos afirmar el punto de vista expuesto ya, de que pertenecen preponderantemente a un estrato medio. El lugar en que habitan aunado a la ocupación que desempeñan nos inclina a establecer a la población suicidógena de nuestra ciudad, y extensivamente a la del país, en un nivel de clase media, pero con un grupo también de personas con un *status* social inferior.

Pasemos al intento de una interpretación, a la luz de esta clasificación.

El grupo de personas, tanto del sexo masculino como del femenino, que han presentado ocupaciones relacionadas con el desarrollo de un trabajo manual no calificado o de una actividad poco apreciada por la sociedad, puede considerarse como un conjunto de seres

cuya existencia está carente del deseo de superación, con pocos deseos o posibilidades de mejorar su *status* social. Generalmente, falta de ambiciones, el obrero no calificado, la servidumbre y el artesano rudimentario viven una existencia precaria que tan sólo les asegura el sustento diario, les dificulta la satisfacción de sus necesidades básicas, vedándoles toda posibilidad de llenar las necesidades de vida superiores. Con frecuencia son seres cuya fuente de ingresos no tiene estabilidad y pueden pasar a ser trabajadores eventuales sujetos a las altas y bajas de la demanda de trabajo; consecuentemente, su vida personal y familiar no puede obedecer a una rutina establecida, lo cual los lleva a un desorden material y moral en su sistema de vida. Al parecer, en este grupo, la idea de éxito tan ligada a la de *status* social, no resulta imperante, y la falta total de metas a largo plazo, deviene irreductiblemente en una apatía y, posiblemente, en cada miembro del grupo se pueda encontrar la disociación entre el “yo” y el medio actuante. El individuo se pierde en su lucha y torna hacia la inacción; no puede controlar su mundo y no puede actuar sobre él; se produce el estado de “anomia” con su modalidad del miedo o temor, que lleva a la agresión, ya sea contra la propia persona —suicidio— o contra un tercero —homicidio o lesiones— o bien ambas formas: homicidio-suicidio. Con frecuencia, también en nuestro estudio, los suicidas han incurrido en delitos, generalmente del orden de agresión contra terceras personas; se localizó un total de 11 personas que se encontraban confinadas en prisión y cuyo *status* social correspondió al de la clase proletaria.

Los integrantes de este nivel han encontrado solamente una forma de entenderse con el mundo: la violenta, manifestada en la agresión a su propia persona; agresión que por demás ha sido realizada utilizando los medios también más violentos y directos, y es así que los obreros, artesanos y servidumbre se suicidaron recurriendo al uso de arma blanca, arrojándose al vacío, ahorcándose y dándose un balazo, o en condiciones terribles como corte de venas y desangramiento total; heridas en el cuerpo salvajemente realizadas con navajas de afeitar o instrumentos improvisados; arrojarse al vacío desde grandes alturas; colgarse de la regadera del baño, de los barrotes de las ventanas con un pedazo de cuerda o alambre. Desde luego que en todos estos casos irracionales y violentos, la consumación del suicidio es indudable. Indudable también es el hecho de que entre los suicidas de un *status* social inferior, la consumación es más frecuente que la frustración; entre ellos la disociación frente a su mundo es total y absoluta y la simulación de un acto de autodestrucción no es un hecho generalizado, lo anterior plenamente comprobado por las

elaboraciones estadísticas realizadas tomando como base los datos de nuestro primer estudio.

¿Qué es lo que sucede con el estrato medio? ¿Cuál es el motor sociológico que impulsa y determina el suicidio? Como ya hemos visto, las ocupaciones prevalentes sugieren la fuerte participación del concepto del éxito. Entre las personas en este nivel el tener éxito en la vida es fundamental y si no se puede obtener se procura, cuando menos aparentarlo; se trata de imitar a quienes tienen, en su medio, éxito; se les imita en sus modos de vida, en su vestimenta, en sus gastos, etcétera, y es así como los individuos de este grupo están en continua lucha buscando éxito y logros que les permitan enfrentarse satisfactoriamente a su medio y, muy frecuentemente, se encuentran actuando falsamente, aparentando un éxito no existente y luchando porque su engaño no se descubra.

Se alcance o no éxito en el *status* social que cada miembro de este nivel ha desarrollado, la lucha es intensa y las formas que reviste el éxito —principalmente formas económicas— exigen del individuo una acción continua que le mantiene en relación constante con su mundo. En el momento en que, por alguna causa, este equilibrio se pierde, se produce el desajuste, la acción pierde su sentido y el “vacío” se establece conduciendo irremisiblemente a la apatía. Frecuentemente el rompimiento producido por una causa aparente, tiene su verdadero origen en el hecho de que el individuo se da cuenta de que está llevando una existencia irreal, falsa, aparente, o que sus metas son totalmente inaccesibles y llega a sentir que no está viviendo, que no está actuando; y la carga que este “no vivir” produce, genera naturalmente una total inactividad interna que no es más que el preludio de la muerte física o de su intento.

En resumen, nuestros suicidas se ven impelidos a la autodestrucción por dos formas externas de apatía; la propia de las esferas sociales inferiores, con un *status* social mínimo; con carencia casi total de ambiciones y con enfrentamiento violento a su mundo de escasas posibilidades. La otra modalidad se da en un *status* social superior en el cual sus miembros perciben la irrealidad de su existir en lucha constante por alcanzar un éxito efectivo o aparente, y, motivados por causas aparentes, llegan al intento de suicidio, el cual, en los casos extremos de esta “anomia”, deviene en la consumación del acto, en forma poco violenta y sin posibilidad alguna de simulación.

Es así como nos hemos aventurado en un análisis más profundo de los datos estadísticos referentes al suicidio, tanto en la totalidad de la República mexicana como en su metrópoli, la ciudad de México y sus zonas circunvecinas, procurando un enfoque de carácter socio-

sicológico que complemente los resultados obtenidos anteriormente. Los logros presentes servirán como un acicate para continuar ampliando y profundizando en nuevos aspectos de este siempre interesante tema de la sociología.